

Palabras de agradecimiento del **Ing. Horacio C. Reggini** al ser designado *socio honorario* de la Sociedad Científica Argentina (13 de junio de 2011).

Queridos colegas y amigos:

Con emocionada sinceridad quiero agradecer la designación de *socio honorario* de la Sociedad Científica Argentina. Cuando me recibí de ingeniero en la Universidad Nacional del Sur, Bahía Blanca, en 1955, y vine a Buenos Aires, uno de los primeros anhelos era hacerme *socio ordinario* de esta ilustre institución, ambición que cumplí.

Menandro, poeta griego, dijo, ya hace muchos siglos, que “el fruto más dulce de la tierra es el reconocimiento”.

Sin entrar a escudriñar la bondadosa designación de la Sociedad Científica Argentina, deseo recordar en mi nombre y en el de mi apreciado colega Horacio Camacho, que las comedias de Menandro tuvieron que esperar dos mil años antes de que fuesen elogiadas y traducidas. Por ello hoy me sorprende la Sociedad Científica Argentina por la celeridad de su reconocimiento, exagerado para mí. Y en este sentido, no puedo menos que puntualizar una circunstancia que sin duda me ha favorecido. Los dos premiados llevamos el nombre Horacio, y yo deduzco que la importante y relevante trayectoria del Dr. Horacio Camacho como paleontólogo y científico de raza produjo un especial “viento de cola” que arrastró a mi persona a ser designada también. Las reuniones convocadas por la Sociedad Científica Argentina y sus repercusiones ayudan a afianzar y revitalizar a la ciencia y la ingeniería argentinas y alientan la preparación imprescindible de los estudiantes actuales, que deberán diseñar y construir el saber moderno que el país requiere.

He escrito un libro en el cual cito la arriesgada excursión a la Patagonia que Eduardo Ladislao Holmberg realizó en 1872, cuando sólo tenía 20 años, en la que exploró la región poco conocida de los aborígenes del Río Negro y trajo, al regresar a Buenos Aires, valiosas colecciones de insectos, flores y piedras. Ese viaje de Holmberg fue patrocinado por la Sociedad Científica Argentina, recién creada por preclaros fundadores, entre ellos Luis A. Huergo, primer ingeniero argentino (graduado en 1870). Huergo fue el primer presidente de esta Sociedad Científica Argentina y presidió, además, el notable Congreso Científico Internacional Americano, realizado en Buenos Aires en julio de 1910 (llamado también del Centenario), donde la Ingeniería Argentina tuvo una descollante presencia.

Otro importante fundador fue Estanislao S. Zeballos, hombre de letras y gran entusiasta de la ciencia. Él bregó para que la Sociedad Científica Argentina incluyera el auspicio de viajes de exploración científica en su fecundo programa de actividades. En 1875, la Sociedad favoreció otra expedición a la Patagonia, a cargo del perito Francisco P. Moreno. Es encomiable cómo la Sociedad Científica Argentina, en sus inicios, promovió reconocimientos de regiones inexploradas, al igual que la *Royal Society* de Inglaterra y la *National Geography Society* de los Estados Unidos de Norteamérica, que lo hizo a partir de 1888, es decir, dieciséis años más tarde que la Sociedad Científica Argentina. También es bueno recordar que los científicos argentinos nucleados en esta Sociedad Científica Argentina, exportaron “ciencia al mundo” a partir de la década de 1870, en investigaciones descriptas en sus prestigiosos Anales, antes de que la Argentina fuera exportadora de trigo; recién en 1886 la Argentina exportó ese cereal y comenzó sólo entonces a ser conocida como el granero del mundo.

En mi libro “Florencio de Basaldua”, cuento como este vasco naturalizado argentino, que como otros forasteros, contribuyó al desarrollo de la Argentina, presentó en 1901 en la Exposición Universal de Chicago su invento: una segadora de maíz, merecedora de un premio. Los fabricantes de maquinaria agrícola continúan exportando en la actualidad máquinas de gran

calidad como lo hicieron en el siglo pasado.

Y no puedo hoy dejar de señalar el lanzamiento reciente, el 11 de junio de 2011, del SAC-D/AQUARIUS, con su base de recepción de datos satelitales en Falda del Carmen, Córdoba, por parte de la CONAE en asociación con la NASA, hecho estimulante para toda la Argentina. La noticia de la reparación del Rompehielos A.R.A. "Alte. Irizar" por la Marina Argentina que podrá navegar de nuevo en la Antártida, en 2013, es otro acontecimiento feliz.

La ciencia no actúa sobre la sociedad como si fuera un agente externo, sino que es parte integrante de la urdimbre social y es, por lo tanto, una actividad, interdependiente, orquestal y planetaria. Los miembros de la Sociedad Científica Argentina obraron al calor de esa idea y, consecuentemente, fueron pensadores, investigadores, profesionales, funcionarios y dirigentes de actividades extensas y provechosas.

Los hombres que crearon y guiaron la Sociedad Científica Argentina, sus presidentes y continuadores, como Pedro Cattaneo, Andrés Stoppani, a quienes conocí y recuerdo bien, y otros, Arturo Otaño Sahores, Alfredo Kohncarrica, Horacio Camacho, Jorge Reinaldo Vanossi, Ángel Alonso, han sido ejemplos concretos de coherencia y actuaron con decidida voluntad en múltiples tareas, amparados en sus profundas convicciones en defensa de los intereses de la comunidad y de los individuos.

En el campo de fuerzas de la vida se cruzan continuamente cuestiones éticas, exigencias de justicia, sentimientos de compasión y de amor. Insisto y repito: la Sociedad Científica Argentina supo atender a todas ellas y constituye un ejemplo para todos los científicos de hoy.